







Universidad Austral de Chile

Conocimiento y Naturaleza

Daria Galateria

De Sol a Sol

*Cómo se ganaron la vida
los grandes escritores*

Ediciones  UACH
Colección Biblioteca Luis Oyarzún

Traducción de Félix Romeo

Esta primera edición en Chile en 500 ejemplares de

DE SOL A SOL

Cómo se ganaron la vida los grandes escritores

de Daria Galateria

traducido por Félix Romeo

se terminó de imprimir en noviembre de 2025
en los talleres de Omega Impresores SPA



(56-2) 25665400

Santo Domingo 4551, Quinta Normal, Santiago de Chile
para Ediciones Universidad Austral de Chile



(56-63) 2444338

www.edicionesuach.cl
Valdivia, Chile

Dirección editorial

Yanko González Cangas

Cuidado de la edición

César Altermatt Venegas

Diseño y maquetación

Silvia Valdés Fuentes

Fotografía de portada

Antoine de Saint-Exupéry

Todos los derechos reservados.

Se autoriza su reproducción parcial para fines periodísticos
debiendo mencionarse la fuente editorial.

© Universidad Austral de Chile, 2025

© Sellerio Editore, Palermo. Publicado por acuerdo especial con

The Ella Sher Literary Agency, 2007

© Félix Romeo, de la traducción, 2011

ISBN: 978-956-390-290-7

928-Biografía Personas en literatura

DNBL-Biografía: literaria

Ediciones precedentes

Mestieri di scrittori, Sellerio Editore, 2007, Italia

Trabajos forzados, Impedimenta, 2011, España

CONTENIDO

Introducción	15
Maxim Gorki	29
Paul Claudel	39
Italo Svevo	43
Jack London	53
Colette	61
Franz Kafka	69
Blaise Cendrars	79
Thomas Eliot	89
Raymond Chandler	93
Lawrence de Arabia	97
Paul Morand	107
Carlo Emilio Gadda	117

Louis-Ferdinand Céline 125

Dashiell Hammett 135

Jean Giono 143

Jacques Prevert 147

Antoine de Saint-Exupéry 151

André Malraux 161

George Orwell 169

Bohumil Hrabal 179

Boris Vian 187

Charles Bukowski 197

Ottiero Ottieri 205

Bruce Chatwin 213

INTRODUCCIÓN

El 9 de octubre de 1897, durante la primera fiebre del oro, Jack London desembarcó en Klondike. Aquel invierno vivió en una cabaña abandonada, rodeado de lobos. Transportaba maletas por la nieve y cuesta arriba: millas y millas cargado con ciento cincuenta libras de peso. Se sentía más fuerte que los indios y lleno de salud. Cuando escribía, le dolía la espalda. Al escribir a máquina, se veía aquejado de repentinos dolores en los brazos, que le bajaban hasta los dedos. La columna vertebral, que «tan lealmente» le había servido en los días de viento y durante las tormentas, se veía ahora humillada por aquella máquina, que le obligaba «a estar doblado en dos», y le infligía «dolores fortísimos», como si tuviese reumatismo.

Carmina non dant panem; muchos escritores, para mantenerse, han tenido que trabajar. A comienzos del siglo xx —antes de que el Estado mecenas comenzara a ofrecer a los intelectuales variadas prebendas—, los trabajos podían ser de lo más extravagantes y, a veces, rozaban lo extremo; pero casi todos, poetas y narradores, coincidían en quejarse de que la escritura era la tarea más agotadora de todas. Charles Bukowski, que en una tarde de borrachera era capaz de arrasar a hierro y fuego una casa, y que al sueño americano contraponía la escritura del exceso —de alcohol, sexo y excesos de variada naturaleza—, trabajó en realidad disciplinadamente,

durante catorce años, como cartero. Cuando le dieron un sueldo por escribir, se quedó paralizado por el terror toda una semana, y solo después se puso a trabajar. Pero las conferencias a las que le invitaban continuaron asustándole mortalmente; durante el día bebía y vomitaba; luego, en el momento de hablar, volvía a beber, y poco a poco le crecía la irritación hacia el público, que a veces respondía a botellazos. Era más fácil trabajar en la fábrica, sostenía, pálido de miedo, porque en la fábrica «no había tanta presión».

Maxim Gorki era todavía un niño cuando entró a trabajar como descargador en el Volga, acarreando él solo, «para envidia de los mayores», cajas de cien libras. Más tarde fue pinche, fogonero, pescador, panadero... Hacía catorce horas de cola de noche o de día, en bodegas o salinas calientes. Pero bastó que uno de sus cuentos tuviera éxito y pasara a colaborar en varios periódicos y tuviera que escribir dos artículos al día, para que confesara que ese «trabajo esclavo» lo agotaba: «era superior a sus fuerzas». Por su parte, Dashiell Hammett, el inventor del género negro, quiso ser investigador privado toda su vida, o, si acaso, reportero, incluso cuando la tuberculosis lo había convertido en un *dandy* larguirucho de cincuenta y siete kilos y casi dos metros de altura. (A veces, los trabajos más sedentarios pueden parecerles extenuantes a algunos escritores: si Anatole France dirigió durante quince años la Biblioteca del Senado francés, Marcel Proust no resistió ni un solo día en la Biblioteca Mazarin).

Muchos escritores se quejan de la naturaleza vampírica de la escritura. Italo Svevo, para convertirse en «un buen industrial», se obligó a abandonar las novelas, porque si se le ocurría una sola frase, ya estaba perdido para

la vida activa durante una semana entera. Escribió sobre una tarjeta de visita «Comercial» y llegó a ser un gran emprendedor en el sector de las pinturas navales.

De hecho, tras los trabajos forzados a los que se dedican los escritores del primer tercio del siglo XX, a menudo se prefieren los trabajos más distantes y mecánicos. Bohumil Hrabal lo practicaba: hacía trabajos que no le satisfacían, desagradables y contrarios a su naturaleza (fue, por ejemplo, agente de seguros, y eso que era tímido), ya que así podía superarse y obligarse a observar la realidad con una lente deformada y fantástica. En 1948, el socialismo real obligó a cambiar de trabajo a millones de checos, transformando a profesores y a artistas en obreros no cualificados. Hrabal trabajó en las acerías y casi perdió la vida en el empeño.

Georges Perec era ya moderadamente famoso, pero no por ello abandonó su empleo subalterno de documentalista en un laboratorio médico. Se acercaba a la cuarentena y ganaba premios literarios. Los colegas del CNRS lo miraban perplejos; le propusieron un ascenso si se reciclaba como informático. Perec no tenía la más mínima intención de hacerlo. Pensaba que, si para un escritor es peligroso hacer carrera, todavía es peor depender de la escritura para vivir —peor para la escritura—. Cuarenta horas a la semana, y después era libre para crear lo que le pareciera (lo pensaba ya en el siglo XVIII Voltaire: es imposible ocuparse de la cultura sin una buena base económica, es una cuestión de libertad intelectual; se las arregló, efectivamente, para hacer fortuna traficando con esclavos, pero fundó el mundo moderno de la tolerancia). Kafka, sin embargo, tenía remordimientos por trabajar como agente de seguros. Pensaba en el poeta

Paul Adler, que no hacía nada, que iba mendigando los favores de un amigo y de otro, con su mujer y sus hijos, consagrado a su vocación; no como él, que naufragaba en una vida de burócrata. En ocasiones, Kafka era más indulgente con el trabajo y decía que liberaba al hombre del sueño que lo deslumbra, dejándolo entregado a la habitual nostalgia de la confianza.

Eliot renunció a enseñar en Harvard para ser empleado de banca. Trabajaba en un sótano, inclinado, «como un pájaro negro en un comedero», sobre una mesa repleta de cartas; a un metro de la cabeza, un cristal, que daba a las aceras de la calle, donde sonaban incesantemente los tacones. Se divertía un montón manejando los números; el trabajo le dejaba tiempo «para sus tareas» y para sus amigos. Cuando un editor descubrió que el mejor poeta americano era además un buen contable, creyó que aquello era un sueño, y le confió su empresa. A los veintidós años, Guillaume Apollinaire también trabajó como empleado de banco; el banco quebró casi de inmediato, pero los trayectos atravesando París, de vuelta de la sucursal de la Chaussée d'Antin, y sus otros recorridos de trabajo y de vagabundeo, dieron lugar a poemas que pusieron los cimientos de la poesía del siglo xx.

Los trabajos apacibles no son necesariamente menos interesantes para la escritura. El tenebroso Céline consiguió hacer de la profesión médica una prestigiosa empresa internacional: con la Sociedad de Naciones representó, viajando por medio mundo, la medicina occidental (que él llamaba burguesa), antes de convertirse, en los barrios más lúgubres de París, en el más cariñoso, alegre y disponible de los doctores. Y también Mijail Bulgakov consiguió en 1917, con la Revolución recién estallada,

transformar el trabajo de médico en una aventura: hasta se enganchó a la morfina. Había administrado suero antídiftérico a un niño enfermo; aspirando con una cánula de la garganta del muchacho fue atacado por una insupportable alergia. Para aliviar la irritación, tomó morfina y con ella adquirió el hábito de la droga; amenazaba con una pistola a su mujer, que se negaba a proporcionarle opio y calmantes, e incluso, en una ocasión, le tiró a la cabeza una lámpara de petróleo. Sufría crisis depresivas y de terror a ser descubierto. Contó todo en *Morfina*; fue el trabajo de escritor lo que le liberó. Arthur Schnitzler, por el contrario, solo se vio moderadamente importunado por su profesión de médico y, sobre todo, por su vida social. Se divertía «en sociedad, mucho en los bailes», escribió en febrero de 1881: «Bailo con más pasión que nunca. En casa a las seis. Poco después he ido a la sala anatómica a hacer la autopsia de una joven. Estoy confuso».

Algunos escritores han falseado experiencias de su vida para hacer más creíbles sus novelas: «Tú solo has visto Verona», decía haciendo punto tía Ada, a quien Emilio Salgari intentaba seducir con sus locuras («Vuelvo de Calcuta, salgo para África»): «Verona, y un poco del Adriático». En el Italia Una, en efecto, que hacía la ruta entre Pellestrina y Brindisi, cargado de tantas lecturas sobre naufragios y de aventuras como pudo, listo para desafiar los hielos del Polo y el calor del Ecuador, el joven Salgari cruzó el Adriático. Un huracán se abalanzó sobre la barca pesquera, de las que en Venecia llaman ratones, y el joven, contagiado de la desesperanza del cocinero de a bordo, pensó: «Está visto que no volveré a probar las sopas de mi madre». Volvió a Venecia afirmando que se

había convertido poco menos que en capitán de gran cabotaje, y contando historias de Sumatra, de Borneo y de Ceylán. El director de *La Valigia* lo tomó en serio, porque estaba en Milán, y fue así como le publicó su primera novela.

Creyendo, tal vez con razón, que hacer literatura los aleja de los hombres, muchos escritores utilizan sus trabajos para acercarse a la gente común. En 1928, George Orwell renunció a la policía birmana. Sentía que, si quería convertirse en escritor, debía desistir de todos sus privilegios, coloniales y de clase, y conocer la vida de los marginados. Vendió sus abrigo y soportó heladas rodeado de vagabundos, que no lo rechazaron —como él temía— a pesar de su acento de Eton. Aprendió que, tras pasar catorce horas limpiando platos o siendo portero en Les Halles, no se tienen ganas de lavarse ni tiempo para pensar, y se pierde poco a poco conciencia del mundo exterior; aprendió también que en ciertas zonas de Londres las pulgas son más grandes. En resumen, vivió toda la experiencia que, en 1933, se convirtió en *Vagabundo en París y Londres*, y poco a poco en el resto de sus obras maestras. Hasta 1984, que escribió a máquina mientras estaba internado en un sanatorio (por esa vida que había llevado contra la tuberculosis), dedicando a la novela unas horas al día, cuando tenía fuerzas. Lawrence de Arabia, acostumbrado a dormir en un agujero excavado en el desierto y a cambiarse de ropa cada cuatro meses, también sufrió horriblemente escribiendo *Los siete pilares de la sabiduría*, trabajando sin horarios y comiendo en las estaciones, porque estaban abiertas toda la noche; dormía en el Embankment, con los vagabundos, y acabó implorando su ingreso en la RAF como simple aviador

y bajo nombre falso (quería escapar de los periodistas), porque quería confundirse con sus «semejantes».

André Malraux, cuando era ministro, solo escribía sus libros de noche y pensaba que para crear, como para hacer política, era necesario conocer la naturaleza humana. De hecho, reprochaba a De Gaulle no haber «comido con un fontanero» en su vida. Ottiero Ottieri dejó a su familia, las comodidades y los estudios literarios para convertirse en un intelectual de izquierdas; así acabó de cortador de cabezas —peor: reclutando trabajadores, entre cuatrocientos mil candidatos— en Pozzuoli. Escribió una obra maestra, *Donnarumma all'asalto*, divertidísimo y desgarrador testimonio de la cultura de empresa en el marco del atrasado sur italiano de los años cincuenta.

Distinto es el caso de Colette. Famosa ya como escritora, utilizó su fama para fundar una pequeña empresa con la que ganar dinero. Abrió en 1932, en plena Depresión y con casi sesenta años, un instituto de belleza, financiado por la princesa de Polignac y por el bajá Al-Glawi, y para el que contó con el apoyo del ministro Maginot (el de la línea defensiva). Colette creó polvos y cremas, diseñó el logo para las etiquetas —un dibujo de su perfil—, e incluso atendía personalmente a los clientes en los grandes almacenes y en las sucursales que se abrieron por toda Francia. Por otra parte, ya en 1909, el avisado marido de Colette, Willy, había aprovechado el éxito de las novelas de la serie de *Claudine* para lanzar lociones y perfumes con esa marca; pero también los calcetines de niña maliciosa, el célebre cuello de colegiala y sombreros, delantales, cigarrillos y helados. La moda se difundió tanto, que incluso las casas de citas ofertaban falsas colegialas al estilo de Claudine. Sin embargo, el instituto de belleza

fracasó. Pero el novio de Colette, Goudeket, que mientras tanto se había puesto a vender émbolos de su invención, pensaba que la empresa no había sido del todo inútil. Para la escritora, el contacto con el público («esa estancia entre los seres vivos») le había inspirado nuevos temas y un nuevo registro, más áspero y sin adornos.

Para algunos, el trabajo elegido no es la escritura. Boris Vian, seguramente, amaba más el jazz y su trompeta, que acabaría por romper su corazón defectuoso. Antoine de Saint-Exupéry pensaba que su verdadero trabajo consistía en pilotar aviones. Era la época en la que se navegaba a la vista; sobre los mapas, los pioneros de la aviación nocturna señalaban naranjos y arroyos, y, cuando aterrizaban al atardecer, procuraban evitar los barcos de pesca. Antoine era ya una leyenda cuando, en 1931, se presentó a recibir un premio literario con traje y alpargatas. Llevaba volando veinte horas y no se había afeitado desde hacía tres días; además, tenía toda la cara negra de hollín. Para pagar sus deudas, intentó batir un récord de vuelo para el que estaba previsto un premio de cincuenta mil francos. Cayó en el desierto, el desierto en el que aparecerá el Principito para irritar al aviador varado con sus preguntitas metafísicas. Saint-Exupéry escribió de noche la fábula más leída en el mundo, porque era 1942, él estaba en Estados Unidos y el Ministerio de la Guerra de Washington le consultaba para interpretar las fotos de reconocimiento aéreo. En primavera, Saint-Exupéry estaba ya en África, retomando el servicio activo; no había libro más instructivo, decía, que la tierra vista desde el cielo. También William Faulkner habría querido volar. Al final de la Primera Guerra Mundial se compró un uniforme de oficial de la RAF y entró en Oxford (en

Mississippi) cojeando. Contó que había sufrido un accidente aéreo. Cuando no iba de uniforme, paseaba con los pies descalzos, vestido como un vagabundo. En la universidad encontró, sin embargo, alguno que otro empleo: guardarropa, regidor para el teatro y hasta cartero (aunque se negaba a ordenar el correo, y los paquetes se los devolvía al remitente). Trabajaba por la noche en la sede de la universidad: debía cargar la caldera de carbón; mientras tanto, sobre la carriola oxidada escribía cuentos, con los que finalmente ganó algún dinero. Con el tiempo consiguió comprar una casa de estilo colonial, Rowan Oak, donde, con dos criados negros, aparentando aristocráticos orígenes sureños, pudo dedicarse al duro trabajo de la literatura: escribía durante doce o trece horas seguidas.

Raffaele Viviani fue acróbata. Chaplin no era todavía Chaplin, y Blaise Cendrars tenía todavía dos manos cuando fueron presentados en el escenario de un cabaret de Londres. Era 1910. Por la noche, Cendrars veía al pequeño clown —al que molían todas las noches a patadas en el culo— intentando leer a Schopenhauer. Cendrars hizo después mil trabajos y escribió poemas revolucionarios; pero fue la Gran Guerra, de la que salió con los ojos vacíos y con un muñón como brazo derecho, la que lo convirtió en actor —para Abel Gance, que buscaba secundarios para una película contra la guerra—. La fama le llegó sin embargo por una novela, *El oro*, nacida en Brasil, donde Cendrars había intentado, en vano, crear una pequeña empresa de importación y exportación.

La política, en estos vínculos entre trabajo y escritura, raramente tiene un gran papel. Paul Morand, sin embargo, a quien la carrera diplomática había puesto a mirar

«hacia el Pacífico», y cuyas siguientes novelas exóticas lo convertirían en un escritor de éxito, se volvió grande cuando, tras haber pensado que Alemania ganaría la Segunda Guerra Mundial, fue invitado a «aprovechar su derecho a la jubilación», y se instaló cómodamente en Suiza. La escritura deslumbrante de antaño se volvió seca, desértica; los temas, amargos. (También padecería una forma de depuración el expleado de banca Jean Giono, aunque era pacifista y no había tenido nada que ver con los nazis de la ocupación; algo que tuvo espléndidas consecuencias para su escritura). En 1938, Marguerite Duras, que era licenciada en Ciencias Políticas, ingresó «fácilmente» en el Ministerio de las Colonias. Ganaba 1500 francos al mes, y era tan brillante que pasó a escribir los discursos del ministro Mandel. Sus obras sobre la opresión del sistema colonial estaban todavía por llegar. Mientras tanto, Duras defendió la función militar y estratégica de las colonias; como promotora auxiliar en el Comité de Propaganda del Plátano Francés, redactó, a petición del ministro, su primer libro. Se titulaba *L'Empire français*.

La austera Nathalie Sarraute era abogada. Ejerció mientras daba a luz a tres hijas y también *Tropismos*. Pero, durante la ocupación nazi, las leyes antisemitas del gobierno colaboracionista de Vichy hicieron que fuera eliminada del registro; se divorció entonces de su marido a fin de poder mantener su trabajo, y fingió ser el ama de llaves de sus hijas, que la llamaban *mademoiselle*. Pero en sus alegatos juveniles «la libertad desconocida» del discurso la había liberado para siempre de la lengua literaria. Y desde entonces la eludió —junto a los terribles protocolos de los sentimientos— gracias a un lenguaje

precoz y aún no formulado. A la primera editora de Bruce Chatwin le parecía que, después de haber trabajado para la casa de subastas Sotheby's, Bruce escribía como si todavía redactase catálogos: buscaba el origen y la procedencia de un rito o de una historia, y señalaba todas las singularidades exteriores con la precisión «de un francotirador».

Sobre todo, los escritores del siglo xx, obligados a vivir trabajando, envidian a los colegas que se consagran a la literatura. Svevo admiraba la firme dedicación de Joyce a su propio talento. Pero, mientras tanto, cuando la ocasión se presentaba, no siempre aceptaban los encargos. Cuando en 1955 el editor Garzanti ofreció a Gadda un anticipo para que dejase «la amable RAI» para acabar *El zafarrancho aquel de via Merulana*, el ingeniero aceptó, pero no hizo nada. Se trasladó a catorce kilómetros del centro para no encontrarse con los excolegas, pero se pasaba el día viendo la tele del vecino del piso de abajo, que era colaborador en la radio. Le parecía que él y su mujer le censuraban en silencio su condición de parado; habría entonces querido replicar: «Amigos míos, me gustaría veros a los sesenta años». De la revisión de *El zafarrancho...* decía: «¡Estoy harto de este curro! Pero no lo digáis, porque debería ser mi obra maestra». Normalmente, las horas perdidas con los trabajos alimenticios trabajan subterráneamente, y al final casi siempre afloran en las obras maestras de los escritores. También los surrealistas, para quienes trabajar estaba prohibido —porque el capo, André Breton, quería cambiar el mundo—, conocieron una excepción, que acabó en poesía. Aragon, en 1930, estaba tan enamorado de Elsa Triolet, y sufría tantas restricciones, que forró de terciopelo negro

una maletita, y fue a ver a los grandes sastres para ofrecerles las joyas falsas creadas por él: «Hacía joyas por el día y por la noche / todo se volvía collar en tus manos de Ópera».

DE SOL A SOL

MAXIM GORKI

De niño, sus compañeros de clase lo llamaban «mendigo», porque, tras la escuela, iba por las calles y por los patios recogiendo huesos de buey, trapos, clavos... Todo lo que pudiera vender a los traperos. Los kopecs que conseguía, Alexei Peskov —que más tarde será conocido como Gorki— se los daba a su abuela, quien, a su vez, para ayudar en casa, se había puesto a bordar ropa. La tintorería del abuelo, en Nizhny Nóvgorod, no marchaba bien. En su juventud, el abuelo había conducido barcas por el camino de sirga en las orillas del Volga, pero después había conseguido poner en marcha un pequeño negocio, y desde entonces se había vuelto algo esnob. Tanto que, cuando su hija Varvara comenzó a salir con un simple carpintero, la echó de casa. El carpintero murió de cólera a los treinta y un años, y Varvara volvió a casa con un niño en brazos (el futuro Gorki), pero fue acogida con suspicacia por los dos hermanos varones, que temían que el abuelo le diese la dote que le tocaba. Cada día, cuando se sentaban a la mesa, era una batalla. Para separar a los litigantes, solían atarles las manos a la espalda con grandes toallas. La violencia era cotidiana. Un día el abuelo empezó a golpear al pequeño Gorki con una verga de sauce, gritando «yo lo mato» y no se detuvo; el niño perdió la consciencia y, durante los días siguientes, mientras se recuperaba lentamente acostado boca abajo,

incubó una intolerancia a las ofensas, a sí mismo y a los demás, de la que nunca se curaría. También su madre le pegaba; una vez que discutió con un compañero nuevo, y este le empezó a dar patadas en el vientre, Alexei, cuchillo en la mano, lo atacó con todas sus fuerzas; escapó chillando, mientras la madre insultaba al niño. Las salvas costumbres rusas, escribirá un día Gorki: ¿hago bien hablando de ellas?

Cuando era adolescente, Gorki entró en una banda que se dedicaba a robar leña y ejes en los almacenes, y los transportaban sobre el hielo y la nieve. La verdad es que el robo no estaba muy mal visto entre los más pobres. Cada domingo, los hombres presumían y los chavales aprendían. Gorki era especial; una vez robó un rublo a su madre para comprarse cuentos de Andersen. La madre le golpeó con un cacharro de la cocina, pero después le perdonó; sentía cierto respeto por los libros. Sin embargo, cuando en la escuela —era muy brillante— le dieron de premio tres libros (los Evangelios, las fábulas de Krylov y la historia de Fata Morgana), corrió a revenderlos, y le entregó triunfalmente a su abuela los cincuenta y cinco kopecs que sacó. Acabó así con los estudios. Mientras tanto, su padrastro se había ido, y su madre, minada por la tuberculosis, un día, tras haber pegado a su hijo de plano con un largo cuchillo flexible, se derrumbó, muerta. La familia, arruinada, vivía desde hacía tiempo en un sótano. «No eres una medalla», le dijo al joven Gorki el abuelo, poco después del funeral: «No puedes estar para siempre pegado al cuello de tus familiares. ¡Ve a ganarte el pan!». Gorki se marchó de casa. Tenía once años.

Se empleó entonces en una zapatería de señoras. El propietario, Porkunov, se sorprendía de que Gorki fuera

tan extremadamente educado con las clientas, y de que después, cuando salían, se dedicara a hacer comentarios obscenos sobre ellas. Por un kopec, el asistente Gorki debía limpiar los zapatos de los empleados, barrer, calentar el samovar y repartir paquetes por toda la ciudad. Pero un día se le derramó encima una marmita de sopa; con la mano quemada no podía trabajar y tuvo que volver a casa. El abuelo, entretanto, se había arruinado completamente, y estaba más amargado y violento que de costumbre. La abuela pensaba que tenía que recuperar el favor del cielo, y se llevaba al nieto al bosque a recoger setas y hierbas medicinales, que luego vendían. Parte de lo recaudado se destinaba a los pobres; la limosna consistía en dejar sobre el borde de las ventanas paquetes de tres galletas. «Sería hermoso ser un bandido, robar a los ricos y a los avaros, y dar todo a los pobres», pensaba Gorki. Un pensamiento que dejó escrito en el libro que consagró a narrar sus trabajos, titulado *Entre los hombres* —Gorki dedicó a su formación tres escritos autobiográficos, *Días de infancia* (1913), *Entre los hombres* (1915) y *Mis universidades* (1923). El abuelo lo colocó en el estudio de un dibujante técnico de una empresa constructora llamado Serguejev, pero Gorki fue transferido luego al servicio de la esposa de este, que pasaba el día discutiendo con su suegra.

Un día, la mujer se cortó con un cuchillo en el baño y comenzó a gritar. El muchacho fue el encargado de alcanzar la ventana con la escalera y romper el cristal, y la mujer le respondió golpeándole con el cuchillo (afortunadamente, por la parte del mango). Cuando, debido a su insistencia, el patrón lo ponía a dibujar, y podía aprender algo, las dos mujeres derramaban el aceite de lámpara

sobre sus bocetos. Gorki quería huir, pero estaban en pleno invierno ruso, y era imposible escapar.

En primavera, un día que lo habían mandado, con veinte kopecs, a comprar el pan, Gorki desapareció. Tenía miedo de volver a casa, y se le ocurrió acercarse a la ribera del Volga. Vio que buscaban un pinche para el vapor Dobry («Bueno»), y Gorki se embarcó. Tenía doce años y, por dos rublos al mes, trabajaba en la cocina desde las seis de la mañana hasta medianoche. El vapor arrastraba una barcaza que transportaba una jaula de hierro llena de convictos destinados a trabajos forzados. Para Gorki empezó entonces la emancipación. El cocinero, Smoury, amaba los libros. Los tenía en una caja: había desde un *Tratado sobre las chinches* a la *Correspondencia de Lord Sedengal*, pasando por los *Preceptos* de Omer. Smoury hacía que el muchacho se los leyera en voz alta, dispensándolo de otras tareas. La mujer del capitán tenía una cierta cultura, y prestaba a Smoury libros más significativos. Cuando el cocinero y el pinche leyeron *Taras Bulba* de Gogol, se pusieron a llorar.

A bordo, todas aquellas finezas estaban mal vistas. Gorki fue acusado de un robo y desembarcado a la fuerza. Smoury lo despidió con una recomendación: «Lee, lee libros; no hay nada mejor en el mundo».

Al llegar a casa, con ocho rublos en el bolsillo, Gorki fue acogido por el abuelo con los insultos habituales; él le respondió propinándole un golpe en el vientre. Siguieron gritos y recriminaciones. Gorki empezó a cazar pájaros canoros, que vendía en el mercado; pero el abuelo, reconciliado, lo envió de nuevo con el delineante Serguejev. Por la noche, el muchacho leía viejos periódicos, pero la patrona lo acusó de gastar inútilmente las velas. Gorki

comenzó entonces a recoger dentro de viejas latas de sardinas la cera que caía de los candelabros. Un día que se distrajo leyendo, un samovar explotó. La patrona golpeó al muchacho con vergas de abeto, tan salvajemente, que los médicos le tuvieron que extraer de la espalda cuarenta y dos agujas de pino. Aquello era maltrato a un menor, pero Gorki no quiso presentar denuncia, y los Serguejev, agradecidos, lo dejaron en paz. Gorki enumeró en sus escritos autobiográficos todos los libros que leyó por entonces, con el nombre de quien se los prestaba: las novelas mundanas francesas que le dejaba una vecina loca, y la revelación de Balzac; después vino Pushkin, prestado por una mujer bellísima y misteriosa.

De regreso al Volga, de nuevo para ser pinche, un fogonero, que había sido en tiempos ladrón de caballos, se sorprendió de que en las novelas francesas que Gorki leía nadie trabajara. Aquella fue una revelación también para Gorki, que nunca lo había pensado. Con el invierno y con el Volga helado, le tocó buscarse un nuevo trabajo, y Gorki acabaría contándole las novelas que había leído a los integrantes de un gabinete de pintores de iconos. Eran veinte miniaturistas, reunidos en una minúscula habitación, y estaban acostumbrados a cantar canciones tristes. La novedad lograba reanimarles más que el vodka. Gorki escribió después que no se creían una palabra de las atroces vivencias verdaderas que él les narraba; sin embargo, prestaban fe ciega a los cuentos y a las novelas. Gorki habría querido dedicarse a la pintura, pero le hicieron encargado de las ventas, y le tocó pelear con campesinos avaros y devotos. Volvió con el delirante Serguejev, que lo aceptó, por cinco rublos al mes, como vigilante de obras. Todos robaban, anotó después

Gorki, quien dejaba hacer a los maleantes. Y, mientras tanto, conversaba con los trabajadores temporales, a menudo antiguos campesinos, y observaba su ancestral desconfianza y el modo en que se resignaban a su suerte. Prefería, sin embargo, a los trabajadores del gremio, más abiertos a las reivindicaciones. De vez en cuando salía a pasear por Millionnaya, la calle irónicamente llamada 'de los millonarios', y allí contemplaba toda la galería de vagabundos y desarraigados que luego poblarían sus relatos.

A los dieciséis años, un amigo le convenció: estaba tan capacitado, que tenía que ir a la universidad. Gorki se mudó entonces a Kazán. Las clases le confundían; todos aquellos nombres se le mezclaban en la cabeza: Lavoisier y Dumouriez, ¿quién le había cortado la cabeza al otro? Por encima de todo detestaba la gramática, una forma extraña y osificada, que él creía incapaz de contener la caprichosa lengua rusa (*Mis universidades*). Estudiaba en el sótano de un palacio en ruinas:

«Aquel sótano memorable constituyó una de mis universidades preferidas». Hacía cualquier trabajillo que le saliese en las orillas del Volga, rodeado de descargadores. Transportaba cajas de cien libras, porque los muchachos, por envidia de los mayores, acostumbraban a llevar pesos demasiado grandes para ellos. Gorki no sabía cómo en una de aquellas no se rompió o mutiló de por vida (*Entre los hombres*). Pero amaba a esas bestias bípedas, «borrachos de trabajo hasta olvidarse» (*Mis universidades*). Un día, un perista le dijo: «Tú, Peskov, no debes robar. Tú eres un idealista». «¡Idealista! ¿Qué quiere decir 'idealista'?» «Uno que no tiene caprichos ni envidias, sino solo curiosidad».

Por la noche, trabajaba en una fábrica de galletas. También esta vez en un sótano: amasadoras y hornos se encontraban en una bodega sobrecalentada. Trabajaba catorce horas al día, y frecuentaba las reuniones clandestinas de estudiantes «narodniks», los populistas del socialismo idealista de los campesinos. No obstante, él prefería los trabajadores marxistas. Un amigo, Derenkov, abrió una panadería y Gorki empezó a trabajar con él. Un día se enteró de que su abuela había muerto siete semanas antes, mientras pedía limosna en el pórtico de la iglesia. Entonces (era diciembre de 1887) desempolvó sus ahorros, compró un viejo revólver del ejército, se fue a la orilla del Kazanka y se disparó en el pecho. «La culpa», había escrito en una nota, «es del poeta Heine, que inventó el corazón con un dolor de muelas».

En el hospital, mientras se debatía entre la vida y la muerte, los médicos dudaban de si merecía la pena operarlo. Sin embargo, Gorki se recuperó. Tan bien, que se las arregló para conseguir una botella de clorhidrato y se la bebió. Le hicieron un lavado de estómago, y en cinco días volvió a la panadería. Pero la policía empezó a ponerlo bajo vigilancia, porque su nota de suicidio había sido entregada a la asamblea local de la Iglesia ortodoxa, a quien no le había gustado nada. El tribunal eclesiástico del monasterio de San Teodoro lo convocó, y, para gran estupor por su parte, lo excomulgó durante siete años.

En marzo de 1888, un amigo de Derenkov, el panadero, le propuso trasladarse a su panadería de Krasnodivovo, cerca del Volga. Era un populista, y una estancia obligada en Siberia no había logrado moderar sus ideas. Le incendiaron el almacén, y un compañero suyo fue cortado a hachazos. Le dispararon, y también Gorki se

vio envuelto en un tiroteo, así que prefirió volver a la marinería en el Volga, sin olvidar jamás los consejos de su amigo: «Debes instruirte, pero sin que los libros escondan a los hombres». Llegado a Astracán, Gorki trabajó en una pesquería calmuca. Recorrió el Cáucaso a pie, pero de regreso a Volgogrado, la futura Stalingrado, un amigo progresista le encontró empleo de vigilante nocturno en la estación de Dobrinka. Fusil a la espalda, vigilaba los almacenes de seis de la tarde a seis de la mañana. Después encontró trabajo como «responsable de pesaje» en la estación de Krutaya. Como mientras tanto había empezado a escribir poemas, quiso ir a Moscú a enseñárselos a Tolstói, pero allí solo encontró a su mujer. Sobre un carro de bueyes, volvió entonces a su Nizhny Nóvgorod, a trabajar en un depósito de cerveza. Enseñó los poemas al escritor Korolenko, que los encontró llenos de errores y de imágenes demasiado fuertes. Gorki se puso rojo «como un carbón rusiente»; dejó de escribir durante dos años. Y, a pesar de tener un buen empleo con un abogado liberal, se decidió a recorrer la gran Rusia de un extremo a otro.

Fue pescador en el mar Negro, trabajó en las salinas, vendimió en Besarabia y fue descargador en Odesa; fue interrogado por la policía y liberado en Tiflis, donde administraba una fundición. Un amigo populista, fascinado por sus cuentos, le recomendó que escribiera «lo que se le pasara por la cabeza». Uno de sus relatos, «Makar Cudra», fue aceptado por un periódico. Gorki, que había atravesado Georgia para construir una carretera en el mar Negro, volvió emocionado. Un periodista le preguntó cómo quería firmar. Gorki recordó que su abuelo le llamaba «amargo», «gorki», a causa de su lengua larga,

y eligió aquella palabra como seudónimo. Así fue como nació Maxim Gorki.

Desde entonces comenzó una fortuna literaria que sorprendió, antes y después de todo, al mismo Gorki. Como redactor de la *Hoja de Nizhny Nóvgorod* y colaborador de otros periódicos, se encontró en cierto momento teniendo que escribir dos artículos al día. Gorki, que había hecho tantos trabajos pesados, declaró entonces que ese trabajo «en galeras» era superior a sus fuerzas.

A galeras fue de verdad, y a un largo exilio en Italia, pero se convirtió en la referencia literaria de la Rusia revolucionaria. Sus más bellos escritos son aquellos en los que, con gran emoción y potencia, y con énfasis de imágenes («no uses las palabras, sino las pesas», le habían dicho cuando era todavía estudiante) hablaba de sí mismo y de los pobres, de todos los vagabundos y los marginados que había conocido en sus mil trabajos. En 1902, la compañía moscovita de teatro, dirigida por Stanislavski, debía poner en escena *Los bajos fondos* (más que un drama, una galería de retratos de los desheredados de Rusia). La compañía fue al mercado Khritov, una especie de corte de los milagros donde vivían vagabundos harapientos, ladrones y mendigos. Les hicieron hablar; algunos parecían muy cultos. Fue entonces cuando los actores tuvieron que admitir que los retratos de Gorki eran del todo verosímiles.